

«Son pobres inocentes que van tañendo los aires que oímos en nuestras montañas.» Yo soy ese arpista que pasa por entre los ejércitos. Para ver á dónde conduce la sabiduría humana, quiero ser loco, y doy á Dios gracias de haber puesto en mis manos el arpa y no la espada.

XIII

LA VERDAD

El santo hombre Giovanni continuó en estrecho encierro, y estaba retenido por cadenas á las argollas fijas en el muro. Pero su alma estaba libre, y los tormentos no habían quebrantado su conciencia. Y se prometía no traicionar su fe, sino ser el testigo y el mártir de la Verdad para morir en Dios. Y se decía: «La verdad me acompañará á la horca. Ella me mirará y llorará. Y dirá: «Lloro porque ese hombre muere por mí.»

Y cuando el santo hombre así conducía en la soledad el soliloquio de sus pensamientos, un caballero entró en la prisión sin que las puertas se abriesen. Iba cubierto con capa roja y llevaba en la mano una linterna encendida.

Fra Giovanni le dijo:

—¿Cuál es tu nombre, sutil señor que atraviezas las paredes?

Y el caballero respondió:

—Hermano, ¿á qué decirte los nombres que me dan? Para ti tendré el que me atribuyas. Sabe que

vengo á ti propicio y benévolo, y que habiendo conocido que amas caramente á la Verdad, te traigo una palabra tocante á esa verdad que has adoptado por dama y por compañera.

Y fra Giovanni comenzó dando gracias al visitante. Pero éste le interrumpió:

—Te advierto—le dijo—, que esa palabra te parecerá, desde luego, vana y despreciable, pues ocurre con ella lo que con una pequeña llave que el imprudente tira sin utilizarla.

»Pero el hombre despierto la ensaya en muchas cerraduras, y advierte al cabo que abre un cofre lleno de oro y de piedras preciosas.

»Pues yo te digo: «Fra Giovanni, puesto que »has deseado escoger á la Verdad por Dama y »amiga, te importa grandemente saber lo que de »ella puede saberse. Sabe, pues, que es BLANCA. »Y por su apariencia, que yo te enseñe, inquirirás »su naturaleza, lo que te será muy útil para acer- »carte á ella y abrazarla con todo género de mi- »mos, á la manera de un amigo que acaricia á su »amiga. Ten, pues, por bien cierto que es BLANCA.»

Cuando hubo oído estas palabras, el santo hombre Giovanni, respondió:

—Messer Sutil, el sentido de nuestro discurso no es tan difícil de adivinar como habíais temido. Y mi espíritu, aunque naturalmente grosero y rudo, ha sido atravesado por la fina punta de la alegoría. Decís que la Verdad es blanca para re-

presentar su perfecta pureza y para mostrar claramente que es una dama inmaculada. Y yo me la represento tal como decís, superando su blancura á los lirios de los jardines y á la nieve que durante el invierno cubre la cima de la Alverna.

Y el visitante movió la cabeza, y dijo:

—Fra Giovanni, no es ese el sentido de mis palabras, y no has cascado el hueso para extraer la medula. Te he enseñado que la Verdad es blanca y no que es pura. Hay un pequeño error en creer que es pura.

Afogado de lo que acababa de oír, el santo hombre Giovanni, respondió:

—Así como la luna, cuando la tierra le oculta el sol, se obscurece con la sombra densa de este mundo donde fué consumado el crimen de Eva, análogamente, messer Sutil, habéis velado una palabra clara con una obscura palabra. Veo, pues, cómo erráis entre tinieblas. Porque la Verdad es pura, emanando de Dios, origen de toda pureza.

Y el Contradictor respondió:

—Fra Giovanni, sed mejor físico y reconoced que la pureza es una cualidad inconcebible. Dícese que así lo creían los pastores arcadios, llamando dioses puros á los dioses que desconocían.

El buen fra Giovanni suspiró entonces, y dijo:

—Messer, vuestras palabras son oscuras, y están circundadas de tristeza. Algunas veces,

durante mi sueño, los ángeles me han visitado. Tampoco sus palabras eran de mí comprendidas. Pero el misterio de sus pensamientos era gozoso.

Y el visitante sutil, replicó:

—Fra Giovanni, argumentemos ambos según las reglas.

Y el santo hombre contestó:

—No puedo argumentar con vos. No siento en mí el deseo ni la fuerza.

—Es preciso, pues—replicó el Sutil—, que yo encuentre otro contradictor.

E inmediatamente levantó el índice de la mano izquierda, y cogiendo con la derecha un extremo de su capa, hizo un birrete que colocó sobre el dedo; luego, levantándolo á la altura de la nariz:

—He aquí—dijo—un dedo de mi mano que he graduado de doctor, y con el que discutiré doctamente. Es un platónico, si no es Platón en persona.

»Messer Platón, ¿qué es lo puro? Os escucho, messer Platón. Afirmáis que el conocimiento es puro, cuando está privado de todo lo que puede verse, oirse, tocarse, y en general gustarse. Con un signo de vuestro birrere me concedéis que la verdad será verdad pura si en ella concurren las mismas condiciones. Es decir, haciéndosela muda, ciega, sorda, tronchada, paralítica, tullida de todos sus miembros. Y yo reconozco espontánea-

mente que, en ese estado, rechazará las ilusiones que se burlan de los hombres, y no se irá de picos pardos. Sois un gran ironista, messer Platón, y os habéis burlado grandemente del mundo. Quitáos el birrete.

Y el Contradictor, deshaciendo el pliegue de su capa, dirigió otra vez la palabra al santo hombre Giovanni.

—Amigo, estos sofistas no sabían lo que era la Verdad. Pero yo, que soy fisico y gran observador de las curiosidades naturales, puedes creerme si digo que es blanca, ó mejor, que la Verdad es lo blanco.

»De esto no conviene inducir, como ya te he dicho, que sea pura. ¿Crees acaso que la señora Eletta de Verona, que tenía los muslos blancos como la leche, los había por eso abstraído al resto del universo, atrincherándolos en lo invisible y en lo intangible, que es lo puro, según la doctrina platónica? Sería un error grandísimo.

—Yo no conozco á esa dama Eletta—dijo el santo hombre Giovanni.

—Se entregó en vida—dijo el Contradictor—á dos papas, á sesenta cardenales, á catorce príncipes, á diez y ocho mercaderes, á la reina de Chipre, á tres turcos, á cuatro judíos, al macaco del señor obispo de Arezzo, á un hermafrodita y al diablo. Pero nos desviamos de nuestro propósito, que es encontrar el carácter propio de la Verdad.

»Pues bien, si ese carácter, como acabo de establecer contra el mismo Platón, no puede ser la pureza, es muy creíble que sea la impureza, pues la impureza es la condición necesaria de todo lo que existe. Pues acabamos de ver que lo puro carece de vida y de conocimiento. Y supongo que tú habrás experimentado suficientemente que la vida y cuanto con ella se relaciona, es compuesto, mezcla, diversidad, tiende á aumentar ó á disminuir, es inestable, soluble, corruptible, no puro.

—Doctor—respondió Giovanni—vuestras razones no valen nada, puesto que Dios, que es todo puro, existe.

Y el doctor Sutil replicó:

—Si leyese mejor tus libros, hijo mío, observarías que sobre el que acabas de nombrar no se dice «Existe», sino: «Es». Luego existir y ser, no es una misma cosa, si no dos cosas contrarias. Tú vives, y no dices tu mismo: «No soy nada; yo soy como si no fuera nada.» Y tú no dices: «Yo soy el que es.» Porque vivir es cesar de ser en cualquier momento. Y también dices: «Estoy lleno de impurezas», porque no eres una cosa única, sino una mezcla de cosas que se agitan y combaten.

—En verdad que habláis doctamente—respondió el santo hombre—, y bien conozco en vuestras razones, que sois muy perito, messer Sutil, en las

ciencias divinas como en las humanas. Pues es certísimo que Dios es el que es.

—¿Por el cuerpo de Baco! —repuso el otro—. Lo es perfecta y universalmente. Por lo cual estamos dispensados de buscarle en ningún sitio, seguros de que no se encuentra ni más ni menos en un lugar que en cualquier otro, y de que no se hallará un par de viejas escobas que no contengan su justa parte.

—Eso es admirable y cierto—respondió Giovanni—. Pero conviene añadir que se encuentra más señaladamente en las especies santas, por efecto de la transustanciación.

—Observa—dijo el doctor—que es ápto para ser comido. Observa también, hijo mío, que es redondo en una manzana, alargado en una berenjena, cortante en un cuchillo y sonoro en una flauta. Posee todas las cualidades de las sustancias. También reúne las propiedades de las figuras. Es agudo y es obtuso, puesto que contiene á la vez todos los triángulos posibles; sus radios son iguales y desiguales, puesto que es el círculo y la elipse, y es también la hipérbola, figura indescriptible.

Mientras que el santo hombre Giovanni meditaba estas verdades sublimes, oyó que el doctor Sutil rompía á reír. Entonces le preguntó:

—¿Por qué ries?

—Río, le dijo el doctor, pensando que se ha

descubierto en mí ciertas contrariedades y contradicciones, y en que se me ha reprochado amargamente de ellas. Es verdad que tengo muchas. Pero no advierten que si las tuviese todas, yo sería semejante al Otro.

Y el santo hombre preguntó:

—¿De qué otro hablas?

Y el Contradictor respondió:

—Si supiéses de quién hablo, sabrías quién soy. Y no comprenderías espontáneamente mis mejores palabras, porque se me ha censurado mucho. Al contrario, ignorando quién soy te seré más útil. Te demostraré que los hombres son extremadamente sensibles á los sonidos que se modulan con los labios, y que se dejan matar por palabras que no tienen sentido, como se ve en el ejemplo de los mártires, y en tu propio ejemplo, ¡oh Giovanni! que te alegras de ser ahorcado y luego quemado al canto de los siete salinos, en la plaza de Viterbo, por esa palabra Verdad, á que te sería imposible encontrar una significación precisa.

»Y ciertamente, explorarás todos los rincones y escondrijos de tu oscuro cerebro, removerás todas las telarañas y toda la herrumbre que en él hay, sin poder jamás encontrar la gonzúa que abre esa palabra y extrae su sentido. Y sin mí, pobre amigo, te dejarías colgar y luego quemar por dos sílabas que ni tú ni los jueces comprendéis, de suerte que no se hubiese sabido á quién

despreciar más, si á los verdugos ó á la víctima.

»Sabe, pues, que la Verdad, tu dama bien amada, está forjada de elementos en que se encuentran lo húmedo y lo seco, lo duro y lo muelle, lo frío y su contrario, y ocurre con esta dama lo que con las damas carnales, en que lo tierno y lo cálido no está igualmente difundido por todo el cuerpo.»

Fra Giovanni dudó en su ingenuidad si este discurso era bastante honrado. El Contradictor leyó en el pensamiento del santo hombre. Y le tranquilizó diciendo:

—Estos son conocimientos que se adquieren en la escuela. Yo soy teólogo.

Se levantó y dijo todavía:

—Mucho siento en dejarte, amigo. Pero me es imposible continuar á tu lado. Pues tengo muchas contradicciones que llevar á los hombres. Y no puedo gustar el reposo día ni noche. Es necesario que sin cesar vaya de un punto á otro, colocando mi linterna ora en la mesa del clérigo, ora en la cabecera del hombre que sufre y vela.

Dijo, y se fué como había venido. Y el santo hombre Giovanni preguntó: «¿Por qué ha dicho este doctor que la Verdad es blanca?» Y, tendido en la paja, agitaba esta idea en su cabeza. Su cuerpo participaba de la inquietud de su alma, y se volvía de uno y otro lado sin encontrar el reposo.

XIV

EL SUEÑO

Por esta razón imploró al Señor, solitario en el calabozo, y dijo:

—Señor mío, vuestra bondad es infinita respecto á mí y vuestra predilección manifiesta, pues habéis permitido que yo yaciese en un estercolero, como Job y Lázaro, á quienes tanto amasteis. Y me habéis consentido saber que la paja inmundada es para el justo una dulce almohada. ¡Oh, hijo querido de Dios, que descendiste á los infiernos, bendice el reposo de vuestro siervo acostado en foso obscuro! Y puesto que los hombres me han privado de aire y de luz por confesar la Verdad, dignate iluminarme con luces de alba eterna y de alimentarme con llamas de tu amor, ¡oh viviente Verdad! ¡Señor, Dios mío!

Así el santo hombre Giovanni oraba con los labios. Pero inconscientemente recordaba las palabras del Contradictor. Y estaba turbado hasta el fondo de su alma. Y entre turbaciones y angustias se durmió.

Y porque el pensamiento del Contradictor pesaba sobre su sueño, no se durmió como el pequeño acostado en el regazo de su madre. Y su dormir no estaba acariciado de risas y leche. Y tuvo un ensueño. Y vió en sueños una rueda inmensa que de vivos colores brillaba.

Y se parecía á esas rosas de luz que florecen en el frontispicio de las iglesias, por arte de obremos tudescos, y que representan en el límpido cristal la historia de la Virgen María y la gloria de los profetas. Pero el toscano ignora el artificio de esas rosas.

Y esta rueda era grande, lúcida y clara, mil veces más que las mejor trabajadas rosas, trazadas con el compás y pintadas con pincel en el país de Alemania. Y el emperador Carlos no la vió semejante el día de su consagración.

Sólo contempló con sus ojos mortales una rueda más espléndida, aquel que conducido por una dama entró vestido de carne en el Santo Paraíso. Y esta rosa parecía hecha de luz, y era viviente. Mirándola bien, se reconocía que estaba hecha con una multitud de figuras animadas, y que hombres de todas las edades y de todos los estados, en apretado tropel, componían el cubo, los radios y la llanta. Estos hombres iban vestidos según su condición: se reconocía fácilmente al papa, al emperador, á los reyes y las reinas, á los obispos, á los barones, á los caballeros, á las damas, á los

clérigos, á los burgueses, á los mercaderes, á los procuradores, á los boticarios, á los labradores, á los impúdicos, á los moros, á los judíos. Y, como todos los habitantes de la tierra aparecían en esta rueda, también se veía á los sátiros y los cíclopes, á los pigmeos y los centauros que Africa sustenta en sus arenales ardientes, y á los hombres que enumera Marco Polo el viajero, los cuales nacen sin cabeza, con un ojo bajo el ombligo.

Y de los labios de cada hombre salía una banderola ostentando una divisa. Y cada divisa era de un color que no se repetía en ninguna otra, y, en el número incalculable de divisas, no se hubiese encontrado dos semejantes. Pero unas estaban empapadas en púrpura, otras teñidas en las luces del cielo y de la mar ó en el claror de los astros. Las había que verdeaban como la hierba. Muchas eran muy pálidas; muchas, muy sombrías. De suerte que la mirada encontraba en aquellas divisas todos los colores de que el universo se pinta.

El santo hombre Giovanni empezó á leerlas.

Y, por este medio, conoció los pensamientos diversos de los hombres. Y, habiendo leído bastantes, advirtió que esas divisas eran tan variadas por el sentido de las palabras como por el color de las letras, y que las sentencias se oponían entre sí, de tal suerte, que no había una sola que no contradijese á las otras.

Pero también vió que esta contrariedad existente en la cabeza y el cuerpo de las máximas no subsistía en sus extremidades, y que todas se acordaban por abajo exactísimamente, llegando al remate de idéntica manera, pues cada una terminaba con estas palabras: TAL ES LA VERDAD.

Y pensó:

—Estas divisas son semejantes á las flores que los mozos y las doncellas cogen en las praderas del Arno para formar ramilletes. Pues estas flores se reúnen fácilmente por los cabos mientras que las cabezas se desvían y disputan en esplendor. Y lo mismo sucede con las opiniones de la gente terrestre.

Y el santo hombre encontró en las divisas una multitud de contradicciones tocantes al origen de la soberanía, las fuentes del conocimiento, los placeres y las penas, las cosas que son permitidas y las que no lo son. Y advirtió también grandes dificultades referentes á la figura de la tierra y á la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo engendradas por los herejes, los árabes, los judíos, algunos monstruos de Africa y varios epicureístas, que en la rueda centelleante aparecían con una banderola entre los labios.

Y cada sentencia se terminaba con estas palabras: TAL ES LA VERDAD. Y el santo hombre Giovanni se maravilló de contemplar tantas verdades diversamente coloreadas. Veíalas rojas, azu-

les, verdes, amarillas y no las veía blancas. Ni siquiera la que proclamaba el papa: «La Piedra ha entregado á Pedro las coronas de la tierra (1).» Pues esta divisa era purpúrea y como ensangrentada.

Y el santo hombre suspiró:

—No encuentro en la rueda universal la Verdad blanca y pura, la alba y cándida Verdad que busco.

Y llamó á la Verdad diciendo lloroso:

—¡Verdad por que muero, muéstrate á los ojos de tu mártir!

Y, mientras que así gemía, la rueda viviente empezó á girar y las divisas, confundiéndose, cesaron de ser distintas, y sobre el gran disco se formaron círculos de todos colores, y esos círculos eran mayores á medida que se alejaban del centro.

Y haciéndose el movimiento más acelerado, los círculos se desvanecían sucesivamente: primero desaparecían los más grandes por efecto de la velocidad que era mayor hacia la llanta. Pero cuando la rueda se hizo tan ágil como el ojo, no pudiendo éste percibir el movimiento, la juzgaba inerte, y los mínimos círculos se desvanecieron como la estrella de la mañana cuando el sol baña las colinas de Asís.

Entonces pareció blanca toda la rueda. Y superaba en esplendor al límpido astro que el floren-

(1) «La Pierre a remis á Pierre les couronnes de la terre.»

tino vió en el rocío Beatriz. Y se hubiese dicho que un ángel, habiendo limpiado la perla eternal para borrarle las manchas, la había depositado en la tierra: tanto la rueda se asemejaba á la luna que, en lo alto del cielo, brilla un poco velada por la gasa de las nubes ligeras. Pues entonces ninguna figura humana mal pergeñada ni ningún signo estaban indicados en su cara de ópalo. Tampoco había mancha en la rueda luminosa.

Y el santo hombre Giovanni oyó una voz que le decía:

—Contempla la verdad blanca que deseas conocer. Y sabe que está formada de todas las verdades contrarias, así como de todos los colores se compone el blanco. Y esto lo saben los niños de Viterbo por haber hecho girar en el mercado peonzas pintarrajeadas. Pero los doctores de Bolonia no han adivinado las razones de este efecto. Pues bien, en cada una de esas divisas hay una parte de la Verdad, y de todas se forma la verdadera divisa.

—¡Ay!—exclamó el santo hombre—. ¿Cómo podré leerla? Mis ojos están deslumbrados.

Y la voz respondió:

—Es verdad que sólo se ve fuego. Jamás por caracteres latinos, árabes ó griegos, jamás por signos mágicos, podrá esta divisa significarse, y no hay mano que pueda trazarla con signos ardientes en los muros de los palacios.

«Amigo, no te obstines en leer lo que no está escrito. Sabe solamente que cuanto el hombre ha pensado ó creído en su vida breve es una partícula de esta infinita Verdad; y que, así como hay mucha podredumbre en lo que se llama mundo, es decir, correspondencia, orden, limpieza, así las máximas de los malos y de los insensatos, que son el común de los hombres, participan en cierto sentido de la universal Verdad, que es absoluta, permanente y divina. Lo cual me hace temer que no existe».

Y lanzando una carcajada estridente, calló la voz.

Y el santo hombre vió avanzar un pie calzado de rojo que, al través del calzado, aparecía ahorquillado y en forma de pie de macho cabrío, pero mucho más grande. Y este pie golpeó tan rudamente á la rueda luminosa en el reborde de la llanta, que brotaron chispas como de un hierro batido por el martillo del herrero, y la máquina saltó para caer destrozada á lo lejos. Y el aire se pobló de una risa tan aguda, que el santo hombre despertó.

Y en la sombra lívida de la prisión, pensó tristemente:

—No espero conocer la Verdad si, como acaba de advertírseme, sólo se manifiesta por medio de contradicciones y contrariedades, y ¿cómo pretenderé ser por mi muerte el testigo y el mártir

de lo que es preciso creer, cuando el espectáculo de la rueda universal me ha demostrado que toda mentira es una partícula de la verdad perfecta é incognoscible? ¿Por qué, Dios mío, habéis permitido que viese esas cosas y que me fuese revelado antes de mi sueño postrero que la Verdad está en todas partes y no lo está en ninguna?

Y con la cabeza entre las manos, lloró el santo hombre.